

EL RAMILLETE.

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

SECCION CIENTÍFICA

UN MILÍGRAMO

DE

FILOSOFÍA MÉDICA

—*—

CARTAS Á MI HERMANO FEDERICO

—*—

I.

Hermano mio: Me pides mi opinión sobre algunos puntos científicos que han sido ya tan discutidos, que puede decirse existe en los hombres de ciencia una autorizada opinión formada sobre los mismos; y fuera un alarde injustificable de presuncion por parte mia querer enmendar la plana á hombres tan notables por todos conceptos, dignos de la mayor estimacion y agradecimiento. Pero, el cariño que te tengo pone la humilde pluma en mi mano poco habilidosa; y, ya que es completamente imposible que de su uso resulte obra alguna de consideracion, ciñome á enviarte en esta un escaso *milligramo*, que es todo el capital que poseo de Filosofía, un *milligramo*, que es todo cuanto mi opinion puede pesar en la balanza de la opinion médica. Hágolo, por tanto, exento de presuncion, más confiado de tu indulgencia fraternal que de mi nu-

lidad científica, movido por mi cariño y guiado por el deseo que tengo de tratar de serte útil.

Y vamos por partes: *¿Goza la materia organizada de actividad propia?* Si la posee; *¿qué clase de actividad es la suya?* Estas son tus primeras preguntas.

Negar la actividad de la materia organizada como tal materia organizada, seria negar asimismo la actividad de la materia substancial en general; y aunque lo hiciera un Malebranche, tal negacion conduciría necesariamente al idealismo.

Balmes, nuestro gran filósofo, te probaría mejor que yo la falacia de tal negacion; pero no está bien seguirle muy fielmente, pues va más allá de lo que es lógico al negar la inercia de la materia substancial; que tal negacion, á su vez, y sin intencion, conduciría á negar la materialidad de dicha substancia, que es tambien caer en el idealismo, el mayor de los absurdos.

Es cierto que todo está en actividad en derredor nuestro: y esa misma actividad, obedeciendo á maravillosas leyes, es prueba evidente de la infinita sabiduría de Dios.

Las mareas, las magestuosas revoluciones de los planetas, recorriendo sus órbitas en obediencia fiel á las leyes de Keplero y de Bode, son, entre muchos otros, ejemplos de la verdad de mi asercion; pero ¿cuál mejor y más conocido que el de la

ley de Newton que ha despojado á la naturaleza de su más sublime secreto?

Probándose la actividad de la materia substancial se ha probado la de la organizada, pues es axiomático que la última es un modo de ser especial de la primera.

Taraday, el ilustre Taraday, hace tiempo admite que los últimos elementos componentes de la materia son inextensos, simples y que cada uno de ellos «se extiende, por decirlo así, por todo el sistema solar, reteniendo siempre, sin embargo, su propio centro de fuerza.» Esto no es admitir, como algunos malamente han interpretado, que los tales elementos son fuerzas puras.

Ese centro, formado en la esfera de fuerza de cada elemento atómico, es en realidad la materia ó potencias.

Su existencia está subordinada á la de la esfera de fuerza, teniendo una existencia de localidad, pero, repito, subordinada á la esfera de fuerza atómica que constituye la *forma ó acto* de la Filosofía Escolástica.

La verdadera ciencia moderna se une fraternalmente á la Filosofía verdadera.

Podemos, por tanto, sin caer en el ridículo, repetir lo que Santo Tomás tan sabiamente enseñó, y es, que la materia substancial, metafisicamente considerada, se compone de *acto y potencia*.

Los elementos atómicos se componen de fuerza (acto) y de centro material (potencia).

A los dos elementos metafísicos esenciales corresponden dos propiedades: la *actividad* y la *pasividad*.

El acto es el principio de la primera: la potencia actuada es el principio de la segunda.

La inercia de la materia es propiedad del elemento atómico en cuanto á que su centro material constituye el principio de pasividad.

Una potencia pura es nada. Un acto puro es Dios.

Por eso, Leibnitz tenia razon al negar la existencia de la materia separada de la fuerza; lo que hace más comprensible Taraday al describirla simplemente como el centro de una esfera virtual, como punto local invisible, dependiente de la fuerza esférica de que constituyó el centro. Su existencia es prestada; la ha creado el acto, y la ha creado necesariamente de la nada, pues solamente la nada carece de actividad. Y sin notarlo, venimos á concluir con un resultado que lo saben los hombres mas antiguos, y es que, como lo consigna el Génesis, de la nada Dios creó todas las cosas.

El acto creador viene de la accion del poder de Dios; y me expreso así porque los filósofos distinguen claramente la accion del poder de que procede, y el acto de la accion que realiza.

El poder contráctil del corazon no es la accion de contraerse, ni el sistole ó acto contráctil es la accion.

La verdadera Filosofía Católica es una lumbrera esplendorosa.

El simple hecho de la existencia de la materia actuada (substancia), prueba su actividad. Santo Tomás prueba que todo lo que es, actúa.

Seria absurdo admitir lo contrario.

El acto creador del elemento atómico tiene necesariamente que estar en constante actividad mientras dure su existencia.

Concebir ese acto de otra manera que en actividad, seria negarlo. Un *acto pasivo* es un contrasentido.

Con estas consideraciones debes dar por probada la existencia de la actividad substancial, y, por consiguiente, de la actividad de la materia organizada.

Los elementos atómicos se combinan de tal modo, y se arreglan tan variadamente, que pueden formar compuestos muy disimilares. La materia organizada es uno de ellos.

La materia organizada se compone de principios inmediatos, ó últimos materiales, simples ó no químicamente, á que se llega por el análisis fisiológico.

Deben existir combinadamente las tres clases de principios que conocemos para constituir la organizada.

La organizacion necesita de la nocion de vida para ser definida, como dice Robin.

No hay organizacion sin organizador.

No hay organismo por simple que sea que no posea una organizacion de alguna especie.

La substancia (amolboídea) es sin duda organizada: hay una organizacion.

La actuacion del organizador en la materia organizada constituye la actualidad de la vida, que á la vez que es un resultado, es un hecho metafísico.

No hay organismo alguno que no haya sido habitacion del alma: alma que Robin considera como sér imaginario, olvidando que el conocimiento de la existencia del alma no está en el dominio de nuestra imaginacion.

La tésis de Stahl es verdadera en esto: el alma es la forma del organismo. En el hombre, antes de *poder* manifestarse intelectualmente, goza ya, sin embargo, de la vida y del poder de organizar.

El hombre se compone de dos substancias: una material organizada, otra espiritual vivificante; pero ambas físicas.

La muerte es el fenómeno de separacion del acto y del término, quedando la substancia material organizada muerta, huérfana del influjo físico organizador y ordenador del alma.

Reunir el cadáver y el alma es salir de los límites de la ciencia. Solo Dios!

«Puede suceder, dice Robin, que un organismo que ha vivido viva de nuevo, como por ejemplo, en el caso de los Rotíferos

»desechados hasta 70° cént. y muchas planchas y granos colocados en iguales condiciones.»

Las experiencias de Spallanzani con los infusorios rotadores no son concluyentes: prueban que la desecacion es á veces causa eficiente de una especie de muerte aparente que cesa tan luego que se añade agua.

El célebre caso de la cebolla retirada de la mano de una momia egipcia, que pudo desarrollarse y vivir despues de 2,000 años de aparente muerte, cuando se la colocó en circunstancias apropiadas y favorables, no puede considerarse tampoco como ejemplo de resurreccion, pues falta lo principal, como en el caso de los systolides, y *es que se prueba de un modo absoluto la certeza de la muerte.*

En esta sapientísima obra del hombre, cada partícula individual de materia organizada está con respecto al cuerpo mismo en la relacion de una substancia excreta, segun ha demostrado Treviranus, autor de esta ingeniosa tésis, tan bien defendida por Paget como admitida por los fisiólogos en general; y esta ley se basa en una manifestacion curiosa y digna de estudio de la actividad de la materia organizada.

Las determinaciones sanguíneas en el feto acardiaco; la circulacion del quilo, de la sangre de la Porta, de la savia en las plantas, etc., no pueden explicarse por mediacion de agentes mecánicos de impulsión. El profesor Draper, de New-York, el antiguo profesor de Fisiología de su Universidad, explicaba la misma circulacion sanguínea admitiendo, por una parte, una gran afinidad de los tejidos por la sangre arterial, y por otra, una grande afinidad de la sangre venosa por el oxígeno del aire.

La bilis que, á pesar de tener que ascender, entra en el duódeno, junta con el jugo pancreático, en busca del alimento que digerir, va movida por la fuerza de la afinidad.

Todo lo que está en desarrollo causa una determinación de sangre hacia sí, en virtud de su afinidad por los materiales necesarios á su crecimiento.

El ovario que rompe mensualmente una ó mas vesículas de Graff es asiento de una determinación sanguínea. La encía que cuaja un diente es también víctima de esta determinación; pues la sangre es, no solamente el conductor del oxígeno por su parte globular, sino el vehículo de los materiales nutritivos.

¿Y en virtud de qué poder elige cada partícula organizada los materiales benéficos y rechaza los dañosos?

El diente en erupción aceptará para su esmalte el fosfato calizo y rechazará el cloruro sódico.

¿Por qué?

Porque la materia organizada viva no es ciega máquina: su maquinista tiene poder absoluto sobre ella con respecto á estas manifestaciones vitales.

La elección es una función intelectual.

¿Será el *fluido vital* el que elige? Entonces sería inteligente, y vendríamos á tener dos inteligencias sin saberlo, lo que constituye un verdadero lujo vitalista.

Además este poder de elección es propio también de las plantas: ¿tendrán inteligencia? Podríamos concederles con Aristóteles un alma negativa y hasta, á algunas, cierta sensibilidad; pero no podemos admitir en ellas ni una, pero ni tampoco dos inteligencias.

Por consiguiente, debemos admitir que este poder de elección es una manifestación que se caracteriza en la afinidad especial de cada partícula de materia organizada. Así como el cloro tiene, por ejemplo tanta afinidad por el hidrógeno, así tal parte tiene más afinidad por esta ó estas substancias nutritivas que por esotras. Esta

afinidad hay necesidad de concedérsela á nuestra materia organizada: pero es un don del ordenador de nuestro organismo, no es una propiedad completamente independiente del alma.

En virtud de esa afinidad, el quilo asciende en busca del corazón derecho, para que este le apesquere en su marcha hacia esa superficie pulmonar de 1400 piés cuadrados de extensión, donde el oxígeno es rey reconocido y respetado.

Del mismo modo la sávia asciende á las hojas y hojuelas para apoderarse del ácido carbónico del aire y descomponerlo bajo la influencia del rayo amarillo de luz (Draper).

La materia sujeta como está á agentes de destrucción, á veces se altera en su íntima composición: su afinidad se aumenta, su poder de elección se aberrá. De aquí la inflamación, como dice Bennett.

Si se altera el instrumento de nuestra alma cesa ó se desarregla su influencia física.

Pero, considero esta mi primera carta como demasiado prolongada y voy á dar descanso á tu paciencia.

Comprendo que si llegara á noticia de algunos las opiniones por mí emitidas en esta carta, aunque no originales de modo alguno, considerándolas como contrarias al espíritu del siglo en que vivimos y como un signo de atraso.

¿Cómo? preguntarian; ¿Acaso la misma Ceres en persona se tomó la molestia de franquearnos la luminosa entrada de este siglo, bajo la forma de un hermoso aunque pequeño planeta, para que fructificaran frutos tan desazonados como esta carta?

Sin embargo, así ha sucedido, porque hay siempre que remontarse á Dios.

A nuestra vista las nebulosas en formación, y esos mundos que el hidrógeno destruye repentinamente, declaran en alta voz su omnipotencia.

El verdadero progreso es el que nos aproxima á ese Creador de infinita belleza, que así como matizó los jardines de la tierra, colocando el blanco lirio junto á la ruborizada amapola, y la amarilla agrimonia junto al verdoso botrys así tambien matizó los jardines y praderas de esa mentira azul que llaman cielo, matizó sus estrellas, pudiéndose formar un grandioso ramillete de variados colores con la blanca sirio, la roja Antares, la verdosa Castor y la amarilla Capella: flores celestiales, segun la expresion feliz de un infeliz, aunque grande y célebre novelista, letras luminosas, suspendidas en el espacio, que forman en escritura misteriosa, una palabra, Dios!

E. F. RODRIGUEZ.

Sagua la Grande, Abril 27 1875.

SECCION LITERARIA

JACINTA

HISTORIA REFERIDA Á TRES AMIGOS

Y DEDICADA

A D. ANTONIO DE TRUEBA

Parte primera

El viajero que pasa por el pueblo de T..., en la República de Colombia, habrá creído, al mirar distraído las montañas que quedan hácia el oriente, que detrás de ellas no puede haber sino otras montañas habitadas únicamente por pájaros y por fieras. Pero si viviera unos tres meses en el pueblo de T... podría ver muchas cosas en los paseos que hiciera por sus alrededores.

Primero conocería las haciendas de los contornos hasta que se hastiara de conocer haciendas.

Despues iria todas las tardes, durante quince dias, á ver pasar las gentes en el camino real, hasta que se las aprendiera de memoria.

En seguida tomaria otro rumbo é iria á sentarse, al caer de la tarde, en las márgenes del rio, y allí pasaria largas horas viendo correr las aguas. A los ocho dias de este ejercicio, se retiraria fatigado á no ser que despues de haber contado los árboles, las hojas, las piedras y las ondas del rio se hubiera fijado en la parte mas oscura del monte. Hubiera visto entonces lo que no á todos los viajeros es dado ver; nada menos que un sendero angosto y sombrío que viene de la montaña, del lado de oriente y desemboca en el rio ó quebrada, donde tiene de cinco á seis piedras que atraviesan el angosto cauce, y sirven de puente que comunica la poblacion con los incógnitos lugares á donde va el sendero de que hablamos.

Mas nada de esto puede ver ningun viajero, por la sencilla razon de que nadie se está tres meses en T..., en donde no hay comercio, ni diversiones, ni ilustracion. Yo me estuve cuatro, porque encontraba silencio, soledad y una naturaleza virgen; y porque me importa un bledo no encontrarme nunca con diversiones, ni con ilustraciones, ni comercio.

El sendero va atravesando una vega montuosa, y subiendo por entre un estrecho, se encuentra, á las tres horas de camino, con un valle que, segun el juicio del viajero, no puede abrigar sino pájaros y fieras.

¡Bondad de Dios! ¡cómo se engañan los viajeros! El vallecito (tendrá unas cien fanegas) es cultivado y limpio, y su suelo

ondulado como la superficie de un mar que agitan ligeramente los vientos. La montaña, desarbolada en parte por las estancias de los colonos, rodea el circuito del valle refrescando las aguas que bajan á él. Decir que hay cincuenta casas, seria exagerar algo, pues contando las mas pequeñas no resultan sino cuarenta y dos pobres cabañas techadas de paja, con las paredes pintadas de tierra blanca ó amarilla, y rodeadas de huertas. Las cercas de las huertas son de limoneros, y las esquinas están reforzadas por robustos y floridos chirimoyos; y no hay uno solo de los cuarenta y dos patios de las cabañas que no tenga por lo menos seis granados en flor. Por en medio del valle serpea un riachuelo que, al salir de la montaña para caer al valle, forma una cascada de salvaje hermosura, coronada de árboles seculares. Hay multitud de caminos trillados que comunican las cabañas entre si ó van de estas al camino real que sale fuera del valle. Hay á intervalos verdes manchas de platanales sonantes, y en derredor del valle maizales floridos, dominados por unos pocos árboles altísimos que dejan los labradores para sombrío.

Agregad á este paisaje una capilla sobre una arruga del terreno y cercada para defender sus paredes de las vacas que vagan pastando; poned la alegre campaná bajo el alero de paja, llamando al rosario en que lleva la voz un anciano, y tendreis idea del valle.

La capilla, además de la reunion cotidiana, tiene otros destinos: sirve para velar á los muertos y para bendecir los novios. El cura de T... viene algunas veces á apacentar esa parte de su rebaño.

Así estaba todo cuando yo fuí, cuando gasté un dia entero corriendo por sus caminitos trillados. Todo estará lo mismo en el dia en que escribo, porque allí nada se

muda y hay flores en todo el año.

Solo la casa de la pobre Aleja estará bien triste... porque está sola...

Ya no esperais, lector mio, sino que os diga el nombre de aquel rinconcito del mundo.

—Pero si no tiene nombre!

—Por lo menos su situacion geográfica ó el verdadero nombre del pueblo de T...

—Me guardaré bien de decirlo; no seré yo el que llame gente á aquel paraíso donde las desgracias que llevan consigo los hombres civilizados no han ido sino una sola vez.

El único hombre que podia satisfacer vuestras preguntas murió en la última guerra; la pobre mujer que vivió en medio de vosotros y que nació en el valle de que os hablo, primero se hubiera dejado arrancar el corazón que revelaros el lugar donde está el nido en que ella fué herida y apisionada; y yo... yo me guardaré bien de contarle.

La Iglesia se ha olvidado de enviar un sacerdote á aquel rebaño de cuatrocientas almas. El gobierno se ha olvidado de enviar alcalde y jueces á aquel gremio de ciudadanos. La civilizacion se ha olvidado de enviar libros, en donde aprendan aquellos pobres ignorantes todos los errores que poseemos en las ciudades en donde no hay limoneros ni caminitos trillados. Por último, nadie ha ido á plantar el árbol de la ciencia del bien y del mal en medio de aquellos fragantes chirimoyos.

¡Qué contento estoy de todos estos olvidos! Me pesa el primero, pero lo acepto en cambio del restante. De aquí resulta que como no tienen jueces, no hay pleitos; y como nadie es sabio, ninguno es ignorante. Yo llamaria un sacerdote si encontrara alguno tan discreto que nunca revelara al mundo el secreto de aquella poblacion; por-

que ¿sabeis lo que haria el mundo? Enviaria á los ricos y á los sabios á que atormentaran á aquellos pobres simples de espíritu!

Sin embargo, como lo veis, no carecian enteramente de pasto espiritual. Unas diez veces al año suele llegar al valle el cura de T... á bautizar los niños y unir los adultos. Va á hacer ochenta y un años que se establecieron en el valle (llamémoslo así) sus tres primeros colonos. Los hijos de aquellos se fueron casando entre sí y han formado un pueblo. Los hombres toman mujer de diez y seis años antes de cumplir ellos los veinte, y hacen sus cabañas en derredor de las de sus padres; como los hijos de Jacob, acampan rodeando la tienda del anciano. Suele verse encima de una colinita una casa en donde viven entre el silencio dos viejos que se calientan juntos al sol, vuelven juntos á la casita, juntos rezan y comen, juntos se acuestan sobre un lecho que les ha dado descanso durante cuarenta años. Pero, tended los ojos por los contornos y mirad las seis cabañas que están al pié de la colina. Oid qué gresca de muchachos que lloran y de mujeres jóvenes que cantan. ¡Qué alboroto de madres que regañan á los chicos y de trabajadores que vuelven cantando de las estancias!

Todos esos son hijos, yernos, nietos y biznietos de los dos viejos que están hablando al amor de la lumbre ó del sol. Las únicas personas de la familia que faltan son las hijas, porque estas, siguiendo á sus maridos, han ido á cercar la choza de otro anciano, su suegro; pero esta noche las vereis cuando vengan á recibir la bendicion.

El sol se esconde; á las seis de la noche es la hora en que se cambia la escena. Los trabajadores están de vuelta en sus casas y sorben el caldo refrigerante al lado de sus mujeres y de sus niños. En seguida van subiendo á la colina; en la casa *grande* se

encuentran todos los hermanos y los primos; todos vienen á besar la mano y dar las buenas noches á los dos viejos que reviven en sus cincuenta descendientes.

La abuela Aleja es hija de uno de los tres fundadores de la colonia y nació en ella á los diez años de haber plantado su padre el primer estantillo de la casa. Veinte y dos años tenia cuando oyó decir que habia guerra en el pais; no conocia la guerra y nunca supo qué cosa era.

Aleja disfrutaba de cierto prestigio; su alma era sabia como la vejez y sencilla como la infancia. Su marido fué un robusto é infatigable labrador que desmontó muchas banegas de monte, plantó el árbol de Maria que se vé aun junto á la casa, é hizo esa misma casa que hoy se está cayendo, porque la soledad pesa sobre ella mas que la vejez.

La naturaleza les dió bienestar; la virtud sencilla les hizo encontrar la dicha en su apacible afecto y en su retirado valle.

Empero, tuvieron algunas pruebas que sobrellevaron con cristiana paciencia.

—Dios nos la dió y Dios nos la quitó, dijo Aleja cuando murió su primera hija; y su esposo contestó santiguándose:

—¡Hágase su santísima voluntad!

Les quedaba un hijo: este se casó y tuvo á Jacinta. Mas la muerte vino á dejar huérfana de padre y madre á la pobre niña, que no tenia sino seis años de nacida. La abuela Aleja dividió desde entónces su existencia entre sus rezos sobre las tumbas de su marido y de sus hijos y el cuidado de su nieta.

Tenia esta catorce años cuando la conoci. ¡Qué figura tan linda! Su estatura era elevada y su talle flexible y delgado; sus labios parecian tintos en nopal, y sus dientes como granos de arroz; el color de su rostro moreno como las manzanas que el sol madura, resaltaba con sus mejillas que tenian

el color de las flores del granado.

Cuando volvía de la quebrada de lavar la ropa de su abuela y la suya, con la batea puesta en la cabeza, con el pelo suelto y mal peinado saliendo bajo el ala de un sombrero viejo, era cosa de pararse uno á mirarla y bendecir á Dios.

Pero cuando se ponía á tender la ropa en las sogas del patio, y al alzar sus brazos se veía los hoyuelos de sus hombros que la camisa no cubría; vaya, lector, era cosa de volverse uno loco.

Aleja vivía fascinada por su traviesa y locuaz nieta.

¡Era de verse cuando la regañaba por alguna travesura, y cuando saltaba como un pájaro la linda jóven sobre la anciana y la abrazaba y la hacía reír! Todo regaño terminaba por una sonrisa, y toda sonrisa por una bendición. En mi vida he visto un *toche*¹ mas inquieto que Jacinta; saltaba todo el día, cantaba sin cesar y con todos tenía algo que hacer. Pero en cambio ¡qué corazón tan puro! ¡qué bondad de alma! ¡qué caridad con los viejos y los pobres!

Por muy bonita que os haya parecido esta pintura, mucho mas bonita la retrataba en su imaginación Antonio, el novio de Jacinta.

Antonio era hijo de una de las familias del valle y un excelente muchacho. Se había criado con Jacinta y la adoraba; tenía ocho años mas que ella y parecía que le tenía miedo, tanto era lo que la quería. De buena figura, trabajador y valiente, tenía además la ventaja de haber heredado una estancia que le producía mas de lo que necesitaba para su vida de soltero. Su familia y Aleja miraban su casamiento con Jacinta como cosa segura y bendecida de Dios. No esperaban sino que la muchacha cumpliera

¹ Esta graciosa avecilla americana es de color de oro y lleva las alas negras. Canta melodiosamente.

diez y seis años para celebrar el matrimonio.

Un año se había pasado así, cuando una mañana la abuela llamó á Jacinta, que estaba en la casa, y le mostró sonriendo á un hombre que estaba abriendo hoyos en un llanito, doscientos pasos mas abajo de la casa de Aleja.

Á un lado del hombre había un montón de gruesas estacas, cortadas ya á propósito como para formar una casa.

Jacinta apenas vió esto, se arrojó en los brazos de su abuela ocultando un vivo rubor que la abrasaba.

Lo que había visto era... era la choza nupcial que con tiempo empezaba á preparar Antonio.

Cada golpe del hacha sobre el robasto madero resonaba en su pecho y hacía saltar su corazón.

¡Quién sabe si su viva imaginación de jóven le representaba de un golpe la cabaña hecha ya y rodeada de árboles!

¡Quién sabe si se figuró á ella misma habitadora de la casa, acariciada por el hombre honrado que iba á ser su guardian; y quién sabe si, salvando su pensamiento el tiempo futuro, á pesar de su rubor de sensitiva, creyó oír un niño llorando en la cuna suspendida de un árbol! ¡pobre Jacinta! ¡Qué feliz sueño pudo tener en ese momento en que estrechaba á su anciana abuela que le devolvía, sonriendo, sus caricias!

Faltaban apenas seis meses para el matrimonio. La inconstancia ligera de la edad había borrado de la mente de Jacinta toda emoción fuerte. La casa seguía adelantando lentamente, porque Antonio quería hacer por sí solo la habitación de Jacinta. Los arbolillos que había sembrado en derredor, estaban ya echando retoños, y un hilo de agua que había sacado del arroyo, atravesaba el patio y formaba una cascadita al

salir de un tubo de guadua. Los chirimoyos empezaban á botar las hojas secas: cuando estuvieran bien verdes seria el tiempo señalado: con las primeras flores se verificaria el matrimonio.

Las gentes del valle pasan de vez en cuando al pueblo de T... Todos los domingos van uno ó dos individuos á hacer sus compras y las de los vecinos que se quedan, y las familias mismas van en ocasiones solemnes, como el Corpus, la Semana Santa y la Nochebuena.

Jacinta habia estado tres veces en su vida en el pueblo, y quiso ir con unas vecinas á comprar por sí algunas prendas de ropa en T... Fué, y estuvo contentísima: habia estado en la casa donde se habia apeado una familia de la capital que habia ido á mudar de clima: volvió el domingo siguiente, y fué la última vez que la vió Aleja.

Desde las tres de la tarde, hora en que debian llegar los viajeros, estaba Aleja en el patio de su casa por ver si llegaba su hija; pero ninguna figura se destacaba en el verde horizonte al lado de la entrada del valle. Eran las seis de la noche y todavía no habia llegado. Aleja habia rezado sola su rosario interrumpiéndose á cada Ave María para enjugar las lágrimas que su desesperado afán le arrancaba.

Por la noche vino un mozo diciendo que los vecinos se habian quedado en el pueblo buscando á Jacinta que habia desaparecido. Aleja pasó una noche terrible, pidiendo á la Virgen por su hija, y pidiéndosela á todas las gentes que pasaban cerca de su choza. A media noche se fué Antonio, cansado de aguardar noticias que no llegaban, y preso de la mas violenta inquietud.

Llegó la mañana y Jacinta no parecia

Llegó la tarde, y vino otro muchacho que dijo lisa y llanamente que Jacinta se habia escapado para Bogotá.

El dolor de la abuela Aleja fué espantoso: ni una sola lágrima brilló en sus marchitos ojos; pero la desesperacion hablabla en vez de lágrimas.

En pocos momentos se estableció un silencio sepulcral en todas las cabañas, y á las cinco de la tarde, en lugar del alegre vocerío que se escuchaba en esa hora, no se oian sino los cantos de los labradores que volvian de las estancias, y que se iban callando conforme llegaban á sus casas y sabian el luto del valle.

Por la noche estuvo casi toda la poblacion en casa de la infeliz anciana, á quien se llevaron á otra cabaña. Todos preguntaban y ninguno sabia responder. Las dos mujeres con quienes habia ido Jacinta al mercado y que volvieron solas y lloresas al dia siguiente, no pudieron dar mas explicaciones: se habian estado en el pueblo hasta que supieron terminantemente que estaba léjos, camino de Bogotá. Unos pasajeros encontraron una muchacha cuyas señas coincidian perfectamente con las de Jacinta. Iba montada en un caballo castaño, y llevaba por compañía un *cachaco*¹.

Antonio llegó por la tarde en un estado de dolor que daba agonía verlo.

JOSÉ MARIA VERGARA VERGARA.²

(Continuará.)

GRANDEZA Y DECADENCIA

Cuando la fantasía
á las riberas del Iliso vuela,
súbite á las miradas se revela

¹ Pisaverde, libertino.

² El autor de esta página bellísima, D. José María Vergara Vergara, era uno de los mas notables literatos de la América Latina. Murió no ha mucho en Bogotá, su tierra natal, dejando un nombre imperecedero en las letras colombianas. Era miembro correspondiente de la Academia española.

con restaurado brillo y lozania
 la madre de Teseo,
 de Sócrates divino,
 de Fidiás peregrino,
 que á tosca piedra, de su genio esclava,
 aliento no, divinidad prestaba.
 Oh! salve, Atenas prodigiosa! El mundo
 cuando ejemplares de heroísmo ansia
 ó el néctar de la sacra poesía,
 ó frutos mil de meditar profundo,
 póstrase reverente
 y espera tus limosnas impaciente!

¿Debiste tu grandeza
 á la fortuna imbécil que no mira
 dó emplea su largueza?
 No! la forjaste con afán constante!
 Lo dice aquesa juventud que inunda
 de la palestra el ámbito y aspira,
 en salto audaz, en lucha jadeante,
 ya el disco, ya el venablo disparando,
 á merecer aplauso resonante,
 y luego en el Pecilo,
 que deleitable asilo
 al pensador ofrece,
 su espíritu enriquece
 verdades luminosas escuchando.
 ¡Y cómo se enardece
 ante la imágen de varon egregio
 y, en santo desvario,
 percibe voz de inmenso poderío
 que hazañas pide prometiendo gloria!
 Para vivir en bronce y canciones,
 para esculpir su nombre en la memoria
 de cien generaciones,
 su rico ingenio, su vigor apura
 de Olimpia en la llanura,
 y siempre, de la patria al llamamiento,
 robusto el brazo, decidida el alma,
 corre á ganar la palma
 ó perecer con ánimo y contento.

¡Decidlo, Maratón y Salamina!
 Termópilas sangrientas!
 Cual nube de langostas cenicientas
 que rauda se encamina
 á los feraces campos do natura
 riquezas atesora y hermosura;
 como las olas que en terrible cuento
 contra la nave el océano lanza
 en su furor violento,
 á Grecia se abalanza,
 del soberano persa al mandamiento,

inmensa multitud y pavorosa.
 Cuántos bajeles, ay! cuántas naciones!
 Los rudos colcos, el rapaz beduino,
 los hijos de las indias regiones,
 de Frigia, de Bactriana montañosa,
 los que despliegan mas osado lino,
 los que del Nilo bienestar reciben,
 y los escitas que vagando viven
 y el tésalo valiente,
 á quien ninguno en cabalgar supera...
 Ah! cómo resistir? Delirio fuera!
 Delirio? No! que el patriotismo santo
 al hombre diviniza!
 ¿Dó se ocultan las bárbaras legiones?
 Huyeron cual hinchados nubarrones
 que el aquilon deshace irresistible!
 Ois? Por donde quiera,
 en admirable canto,
 la musa preconiza
 hazañas de Leonidas invencible
 y cuán sereno en el peligro ingente
 alzó el grande Temístocles la frente,
 como los Andes, cuando fiero atruena
 el huracan potente
 que selva y pueblos de pavora llena!

Ó patriotismo! El corazón fecundas
 y en bella luz lo inundas
 y enjendras maravillas
 y, como el sol en corte de planetas,
 de altas virtudes circundado brillas!
 Cuando en el pecho de Virginia hermosa
 su padre, esclavo del honor austero,
 firme clavaba, sin dudar, su acero;
 cuando la saya rústica, humilde,
 por la pretexta consular pomposa
 con lágrimas dejaba Cincinato;
 cuando, ceñida de laurel la frente,
 renunciando magnífico presente
 y al par la dictadura,
 feliz tornaba á su terruño grato,
 á su labor y su pobreza dura;
 cuando á la digna esposa y á los hijos
 la dicha de su patria anteponia,
 inquebrantable, Régulo y corria —
 efugios poderosos desdeñando,
 universales ruegos no escuchando —
 á perecer en hórrido tormento
 para cumplir solemne juramento;
 cuando á la cortesana,
 cediendo en los aliños la eminencia,

solicita consorte, la romana
anhelo de proezas infundia,
compañera en el tálamo y la tumba;
cuando á los dioses daban reverencia
labios y corazones;
y cuando en barro su manjar comia,
ó, Roma, el general que te ofrecia
laureles y regiones,
del orbe mereciste aclamaciones,
rivales no encontraba tu potencia!

¡Ay de los pueblos que fatal subyuga
el árido egoismo,
y aduerme el sensualismo,
y el oro incita con ardor intenso,
y el crimen electriza, coronado!
Ó, Sibaris! Tus ruinas
diciendo están tu fin desventurado!
Supiste solo concebir festines
y galas peregrinas,
el ambiente aspirar de los jardines,
alzar palacios de indecible atuendo
y, del cariño conyugal riendo,
entre sirenas disipar el día,
entre sirenas olvidar la noche!
Y tú, del mundo sin igual señora,
modelo de constancia y energía!
Ó, gran legisladora!
Ó madre de Lucrecias y Catones,
de Gracos, de Camilos, de Scipiones!
¿Cómo á Incitato¹ conferir dejaste
la dignidad por Bruto enaltecida?
¿Cómo te prosternaste
ante las aras dó brillaba erguida
la imágen de Neron el parricida?
Tú, que irritada por un nombre vano,
de César olvidando la grandeza,
su pecho acribillaste con fiereza,
¿cómo te sometiste
al cazador de moscas Domiciano?
¿Cómo tranquila viste
que audaz el pretoriano
vendiese en almoneda tu corona,
que, así cual la del sol, resplandecía?
¿Cómo á las descendientes
de Porcias, de Cornelias eminentes,
desnudas, ay! uncia
tu infame Sardanápalo² á su carro?

¹ El caballo de Calígula.
² Heliogábalo.

Idólatra del oro,
del insensato lujo enamorada,
era el trabajo para tí desdoro,
y, de lujuria intensa devorada,
Falerno y sangre sin cesar bebiste,
y entre baldones, cual Vitelio inmundo,
Fuiste despedazada...
Ó, tú, que un tiempo viste,
al solo fulgurar de tu mirada,
postrarse humilde el anchuroso mundo!

EMILIO BLANCHET.

EL GRITO DEL ALMA

Lloré, es verdad, porque del árbol verde
que tantas veces saludó la aurora
ví las hojas caer: ¿y quién no llora
si con las hojas su ilusion cayó?

¿Quién en la vida meditar le place
y no vierte una lágrima por ella?
Por todo pasa y su infalible huella
deja grabada el tiempo asolador.

Y como el árbol, cada cual entrega
sus frágiles despojos, fiel tributo
que rinden á su vez, en fuerza el bruto,
en ligereza el misero reptil;

La noche en sombras, la mañana en perlas,
en llama el fuego, el agua en sus espumas,
en escamas el pez, el ave en plumas,
y el hombre... ay! en creencias, infeliz!

En brillo y esplendor su deuda abonan
la hermosura y el fausto; en su inocencia
la abona el niño; en átomos de esencia
el blanco lirio; en soplos el terral;

Y nadie deja, al espirar el plazo,
de pagar su primicia; solo cobra,
y no es extraño si caudal le sobra
que al tiempo le ganó, la eternidad.

Pero el orgullo es como el humo, y mata
la luz de la razon: la pobre ciega
no puede ver la realidad que llega
ni contemplar la dicha que se vá;

Y su rápido curso sigue en tanto
naturaleza, y como en claro espejo

un cuadro de dolor, es su reflejo,
reproducida en él la humanidad.

Ese rumor de las marinas olas
que al encontrarse chocan y se irritan,
se enfurecen, y al fin se precipitan,
y se arrastran, y huyen en tropel;

Diciendo está que las pasiones viven
en un piélago igual; que nacen, crecen,
se confunden, se agitan, se estremecen
ante su mismo horror, y huyen también.

¡Cuántas irán, en el tumulto envueltas,
prendas del alma que dejó perdidas
y en vano busca: flores desprendidas
para siempre del tallo virginal!

Así las que vistió la primavera
con su matiz, para primor del huerto,
suelen buscarse en vano, si al desierto
las arrojó despues el huracan.

Mas ¿qué es pedir al mugidor torrente
la arista que se lleva, si en enseñas
de su furor, las arrancadas peñas
como leves aristas se llevó?

Lo mismo es reclamar flores que pierde
para el jardin del alma, en su jornada,
la inmensa multitud atropellada
del torrente del mundo en el fragor.

Donde se ven cruzar en torpe enlace
la vanidad y el egoismo helado,
y la roedora envidia, á cuyo lado
ilesa fama se ostentó jamás;

Y los que emprenden el camino á ciegas,
y en el banquete que preside el crimen
toman asiento, sin mirar que gimen
á sus piés el amor y la moral.

Donde ese mismo amor es un fantasma,
mónstruo adorado por la turba necia
que, en su extravío, de entender se precia
el gran poema en que jamás leyó;

Bien como puede en cristalina fuente
un pobre loco, hincando la rodilla,
beber ansioso el cieno de la orilla
que juzgó clara linfa en su estupor.

Donde avanzan los más, indiferentes
al femenino decoro, y la que brilla,

púrpura fresca en cándida mejilla,
evapora su aliento matador;

Verdugos de ese amor que de los cielos
baja en forma de luz, en dulce calma,
alma de la mujer, vida del alma,
enviado de Dios al corazon.

Donde la luz que los dirige y amara
es la que alumbra el centro de una orgía,
y paz, ventura, gloria, poesia,
se pierden en los ecos del placer;

Y donde cada pecho es una tumba,
y la dulce piedad reposa en ella,
y en ella yacen la esperanza bella,
y el patriotismo, y la sublime fé.

Sueltas las aguas, desatado el viento,
no de otra suerte rápidos se alejan,
en ruidoso concierto, los que dejan
atrás el bien que ambicionando van;

Y un acento no mas puebla el espacio;
del triste corazon suena en lo interno
un eco solo: de dolor eterno
y eterno llanto el grito universal!

¡Dichosa edad la juventud, si pasa
como el claro raudal que en su camino
riega la mies, y ofrece al peregrino
el agua pura que á beber llegó!

Ya que es ella también raudal que gira
bañando guijas y nutriendo flores,
y al cruzar entre espumas y rumores,
le va diciendo á la existencia adios.

¡Dichosa edad, si llena el universo
como lo llena el sol, y deja un rastro
de claridad, como lo deja el astro
en occidente al trasponer su luz!

Ya que es ella también sol cuyo oriente
es la niñez, que por su misma senda,
del atraso y del vicio irá á la tienda,
ó al altar de la gloria y la virtud.

¡Dichosa edad, si al invadir gozosa
el campo del amor, lozano crece
el mirto que sembró, mientras le ofrece
la verde oliva paz al corazon;

Y eleva en tanto su ramaje al cielo,
en señal de victoria, y mas frondoso
aparece el laurel: triunfo glorioso,

nunca mas bello que en la sien de amor!

¡Ay, si no encuentra el corazon mañana
mas que un triste recuerdo; en abrasado
terreno, las pavesas que han quedado
despues que el fuego por allí paso!

¡Ay, si al partir no advierte que es la vida
en proceloso mar un solo puerto:
el del bien y la luz; en el desierto
un oasis no mas: el del amor!

FÉLIX MARTINEZ.

(Cuba).

SECCION ARTÍSTICA.

ESTUDIOS ARTÍSTICOS Y LITERARIOS

II

Significacion y transcendencia.—Aptitudes y educacion.—Agentes intimos y externos.—Division del cosmogonismo.—El clima y las razas.—Edades primitivas.—Conquistas y disensiones.—Épocas filosóficas y de examen.—Genialidad completa.

Hemos dicho ya que el genio individualista expone una idea parcial, un sentimiento de personalidad propia; y, ahora, añadimos que la idea y el sentimiento, en sus obras manifestados, implican una fase, una manera, en la esencia viva del sentimiento y de la idea universal. El cosmogonista expone una idea, un sentimiento, capitales; abarca en sus obras, un mundo, un fin, en la esencia viva de la universal creacion. Por tanto, los genios cosmogónicos, únicos en dar la medida de los tiempos, y la nocion del origen y destinos del hombre, alcanzan, sobre los individualistas, la superioridad del humano interés; y se transmiten, como ejemplo, á las generaciones futuras.

Con todo, debemos apreciar y admirar las concepciones individuales; porque el artista cumple una mision, cualquiera que sea; y porque tales concepciones, por su misma disparidad, contribuyen al general desarrollo del progreso artístico; é interrumpiendo, con su expresiva disonancia, la consonancia del todo, gradúan el concierto armónico de la imaginacion y de la voluntad.

Si comprendemos que el hombre nace predestinado al cosmogonismo, ¿de qué se origina la multitud de personalidades, y manifestaciones, en el sentido opuesto? De tres causas: la mayor facili-

dad; el desequilibrio de la razon y del sentimiento; el anhelo de originalidad. La causa primera lleva el castigo en su misma culpa; la tercera mereceria un código estético: de la segunda, vamos á discurrir.

El carácter humano se compone de elementos naturales y elementos adquiridos. Luego que el individuo comienza á fijarse en los fenómenos exteriores, aun sin darse cuenta, asimila impresiones ó ideas, que, lentamente, modifican su condicion, y desvian, ya que no trastornen, su espiritualidad: si de estos fenómenos exteriores, en cuanto á su accion sobre el carácter, se concede anterioridad á los momentáneos, ó fortuitos, sobre los periódicos, ó motivados; si no se reflexiona y explica su causalidad, ó precision; el niño, por una serie de impresiones brutales, ó efimeras, excita destempladamente la sensibilidad; y se acostumbra á considerar la sucesion de los hechos necesarios, ó libres, como un antojo del acaso, y tal vez, como fatales consecuencias de voluntades malignas, ó de fuerzas atentatorias á su libre albedrío y á su felicidad. ¿Es débil? Evitará la lucha. ¿es fuerte, ó lo presume? La aceptará con ira; y desde entonces, su intento único, el afán de su vida toda, caminarán rápidas á la imposicion de su carácter, y quizás, de sus defectos; el estilo se volverá más incisivo, más desproporcionadas las formas, el color más contrastado, el sentimiento más egoista; la risa y el llanto, el entusiasmo y la ironía, la afirmacion y la duda, el ser y el no ser, estarán confundidas en un solo y continuo sarcasmo: unos, admirarán su genio; otros compadecerán sus desdichas; pocos, los más prudentes, lamentarán el desperdicio de cualidades poderosas: y, atrevámonos á decirlo, para el arte, aquel hombre se habrá suicidado. Muy por el contrario: si estudia, y razona los actos propios y ajenos; si procura asimilarse los fenómenos exteriores, para fomentar, y robustecer el consorcio de los agentes intimos y extraños, si sujeta la nocion del mundo, que á su alrededor vive, al criterio del mundo, que en sí mismo lleva; caminará, despacio y seguro, á la posesion indestructible de su autoridad; adivinará los medios y fines, por entre las diferencias y oposiciones; y, cuando alguna duda, que no todo le ahonda, le detenga el paso, entonces meditará y exclamará de cierto: «¡Adelante! La armonia es la ley del mundo: la muerte y la vida se completan: la duda se completará, un día, por la verdad.» De este modo, el alma se relaciona con la na-

turaleza; y, en sus imágenes, la naturaleza dirige al alma, para la inteligencia de su destino universal.

Cada sér natural se revela claramente á la humana comprension por tres medios distintos: por la forma, por la idea, por el sentimiento: por cada uno de los tres, ofrece relaciones con los demás séres; y por cada uno, se manifiesta la naturaleza toda, en la íntima y vária unidad de los séres todos, que á su vitalidad concurren. Pero, como para el artista, y para el sábio, la forma consiste, no en una apariencia casual, sino en una imagen demostrativa de la causa, esencia, y destinacion del sér; así, lógicamente, y segun estudie el sér, ó la naturaleza, en la forma, en la idea, en la sensibilidad, así dividirá el cosmogonismo, en ontomórfico, ideológico, y patético.

Meditemos la sucesion histórica del pensamiento artístico y literario. Cada pueblo, cada época, reviste un carácter, más ó menos acentuado, que resulta de la predileccion, más ó menos decidida, por una ú otra de las tres visualidades: predileccion motivada por los gérmenes visibles ú ocultos de la civilizacion.

Lo que más originariamente determina la inclinacion á esta ó aquella manifestacion del cosmogonismo, es: el origen de los pueblos, y la posicion topográfica. Las gentes nómadas, que viven en el amor de la patria, sin la mira de proteger y prosperar una region de la tierra; contraen pasajeras uniones; se cobijan y sustentan al azar; estas, dadas completamente á la accion irreflexiva, nada buscan, ni retienen, que no corresponda á las necesidades de su fuerza errante y no colectiva: las gentes constituidas en gobiernos, obedecen á la mayor ó menor estabilidad, significacion, y tendencia de sus instituciones políticas; y todavía más, á las ideas y afecciones fomentadas por los agentes físicos, productos de vegetacion, usos, tradiciones, y hábitos del hogar doméstico. La comodidad del alimento y conservacion, el espectáculo de la serenidad en la naturaleza, los aires, la luz, inspirarán el gusto y variedad de las imágenes y colores, la armonia de las formas, la expansion de los sentimientos, la facilidad de las concepciones, la concertada union de la realidad y la idea: el arte de los pueblos del Mediodia. La escasez, ó incomodidad de los medios vegetativos, la tristeza de los físicos espectáculos, las nieblas, la oscuridad, obligarán al deseo de la profundidad íntima, al razonamiento de las formas, á la concentracion de

los sentimientos, á la dificultad conceptuosa, y á la preponderancia de la idea sobre la realidad: el arte de los pueblos del Norte.

En los tiempos primitivos, los hombres, niños aún, se impresionan de lo exteriormente sensible, y dilatan sus ánimos á la vida de cuanto les rodea, las necesidades pocas, las relaciones sencillas, las clases reducidas y separadas, hacen instintiva la moral, rudimentarias las leyes, igual la vida: el contorno se ofrece con pasmoso resalto; el color vigoriza el sentimiento: cuando, en esta edad, los pueblos han adquirido un desarrollo suficiente á la adivinacion de los misterios naturales, adoran el plasticismo; y en él, procuran explicarse la existencia de la espiritualidad; y como, en gran parte, son visibles las imágenes de sus ideas, logran una casi perfeccion, en la belleza de las formas.

Crecen, poco á poco, el comercio y relaciones con Estados vecinos; introducéense nuevas necesidades, que traen consigo nuevas ideas; divídese el campo de la inteligencia y de la accion; frente á frente se alza el espíritu conservador y el del progreso: unos combaten por la religion, otros por la moral, otros por la política: lo más fuerte domina; las pasiones estallan, las formas se lidecen: cada hombre quiere ser el hombre: teocracias, tiranías, repúblicas, pasan arrebatadamente: á la manifestacion épica se substituye la dramática; y no sólo en los límites de la escena, sino en el desarrollo del estético adelanto: allí, el carácter son los hechos; y las diferentes representaciones trágicas, y las acumuladas vicisitudes y cataclismos, tienden, en su conjunto, á la exposicion de una gran tragedia y de una azarosa y árdua transicion.

Empero, si genios superiores encauzan la civilizacion y el progreso: ya partiendo de las condiciones primitivas, ya sometiendo la incompatibilidad de los intereses civiles y morales, al criterio del exámen filosófico; entónces el mundo de la forma y el mundo de la accion atenúan su respectiva importancia: y en tanto que no se permita excesiva ventaja á lo abstracto de la concepcion, sobre los datos y los sentimientos, sobre lo externo y lo íntimo; la imaginacion, en la forma, y la voluntad, en los hechos, crecerán espaciosas á la luz de la razon y de la fé.

Tales, las tres señaladas tendencias del cosmogonismo, y las épocas más aptas á cada uno de sus desarrollos: sólo que, no siempre se continúan en el orden indicado, y en alternacion decidida.

Ahora bien, ¿cuál de ellas excede á las otras?

No nos atrevemos á contestar. ¿Basta una sola, para la manifestacion universal del espíritu? No. El colmo del genio seria la fusion incorpórea del cosmogonismo todo y de la personalidad: la centralizacion del alma como espíritu, en la esfera de la creacion: lo cual simbolizaria la referencia de todas las fuerzas naturales, á la virtualidad del espíritu, y á la omnipresencia de Dios.

JOSÉ M.^a DE ARTEAGA Y PEREIRA.

LA GIMNASIA

En la noche del 5 del corriente tuvimos el gusto de asistir á la funcion-exámen que el inteligente profesor del Gimnasio higiénico, sito en la calle del Duque de la Victoria, núm. 3, D. Fidel Bricall, dió en el coliseo del Circo, en donde dieron á conocer sus numerosos discipulos el buen método que dicho señor emplea para la especial enseñanza.

Ahora, en nuestros tiempos, creemos de imprescindible utilidad los ejercicios gimnásticos, y con mayor motivo cuando sirve, además del desarrollo del individuo, para fortalecer á la actual juventud que, por incomprendibles causas, léjos se halla de desarrollarse de una manera robusta como en épocas pasadas.

La debilidad muscular de la raza humana viene degenerando desde remotos siglos, pues dificilmente se vé un sugeto de una complexion robusta, como aquellos hombres que tanto en Esparta como en Atenas dieron á conocer sus facultades y al mismo tiempo su hercúlea fuerza, adquiridas por un buen método de vida y especial cuidado de sus gobiernos. Hoy día el mundo, tal ha sido la terrible condicion de la naturaleza, contempla á su hijos raquiticos y débiles, ya desde su niñez, cual si hereditariamente se transmitieran alguna terrible y enervante enfermedad. El único remedio, el que ha dado mas satisfactorios resultados para acortar esa trasmision endeble en la especie humana, ha sido la gimnasia, pero aplicada con método higiénico, como lo verifica el señor Bricall con sus alumnos.

Todas cuantas personas asistieron á dicho exámen quedaron sumamente complacidas, y en particular las familias de los alumnos, que pudieron ver demostrados, á mas de la destreza y habilidad, el saneamiento y robustez de sus queridos hijos.

No titubeamos en decir que D. Fidel Bricall verá coronados sus propósitos y que, siguiendo semejante método, habrá dejado establecido en el mundo de la vida la gimnasia higiénicamente aplicada, y que numerosas familias le confiarán sus hijos, recibiendo al mismo tiempo el beneplácito de todos por haberse consagrado á una enseñanza tan provechosa para todas las clases de la sociedad.

Pasemos ahora á una breve reseña de algunos de los principales ejercicios.

Levantóse el telon ante un público tan numeroso cuanto escogido, descubriendo el escenario completamente cubierto por un centenar de alumnos, contándose entre ellos desde jóvenes de veinte á veinte y cinco años hasta tiernos niños de cuatro. Anunciaba el programa como primer ejercicio los trabajos en las paralelas, y, fieles á este, adelantáronse varios alumnos de los más jóvenes á ejecutar, bajo la inmediata direccion del director señor Bricall, los diferentes pases y saltos que constituyen los ejercicios particulares á este aparato.

Vino enseguida el turno á las anillas, en las cuales varios niños presentaron variados y dificiles grupos que patentemente demostraron el profundo conocimiento de la gimnasia y buen gusto de combinacion que distinguen al inteligente director, como asimismo el arrojo y precision de los tiernos discipulos, entre los cuales merece particular mencion el niño Saldi, que, contando solo cinco años de edad, presentó dificiles planchas, arrancando entusiastas aplausos y siendo obsequiado con dulces y flores. Llegó su vez á los jóvenes de más edad, inaugurando su entrada D. Ignacio Casajemas con el ejercicio titulado El Cristo, que presentó con sin igual limpieza y seguridad á pesar de ser reputado, con razon, acaso el mas di-

ficil trabajo que en la gimnasia existe; hizo enseguida un sinnúmero de planchas y dominaciones elegidas todas entre las más difíciles, que le atrajeron los justos aplausos del público, siéndole ofrecido al concluir un colosal ramillete. Merece también citarse un molinete de dislocaciones ejecutado por el alumno señor Font, así como varios ejercicios de los señores Cantos y Satorres.

Trabajóse en seguida el torniquete, no tardando en comprender el público ser este aparato el favorito de todos los alumnos, por los innumerables y vistosos molinetes que en él presentaron, igualando en mérito á los ejecutados hasta el día en cualquier circo ecuestre. Distinguiéronse en dicho aparato los señores Casajemas, Cantos, Piñero y Parets, pero particularmente el señor Vidal que con notable arrojo hizo infinidad de trabajos y atrevidos saltos que lo colocan con justicia al nivel de los mejores artistas que al torniquete se dedicarán, recibiendo al concluir una verdadera ovación, pues las tablas se cubrieron de flores, dedicadas al joven y aprovechado discípulo del señor Bricall.

Inauguróse la segunda parte por los pesos, sobresaliendo los señores Tejera y Botey, los cuales, el primero con enormes pesos y el segundo con un pesado eje de carro demostraron poseer una fuerza muscular poco común por las variadas evoluciones que con los mismos llevaron á efecto.

Pasaremos por alto el segundo número, mas no así el tercero y último, que consistió en los conocidos ejercicios del trapecio doble. Adelantáronse á ejecutarlo el joven señor Grabalosa y el niño don Juan Soler, que á considerable altura y con perfecta serenidad llevaron á cabo la mayor parte de los arrojos ya conocidos, como así mismo algunos únicamente ensayados por dichos alumnos. Sentiríamos omitir una circunstancia que puso nuevamente de magnífico la vigilancia del director don Fidel Bricall; tal es que habiendo resbalado el niño Soler de las manos de su compañero, no cayó en tierra, sino en los brazos del cui-

dadoso profesor, que el público justiciero obligó con sus aplausos á adelantarse hasta el proscenio. Volvió el joven alumno á continuar el interumpido ejercicio, finalizando entre los aplausos y ramos de flores que nuevamente cubrieron las tablas; ambos fueron también obsequiados con dos grandes ramilletes.

Trabajaron en seguida el doble trapecio los señores Clos y Vidal captándose igualmente las simpatías de las personas presentes.

Deben citarse de la tercera y última parte los equilibrios ejecutados por los señores Majó y Clos y especialmente el primero que llevó á cabo los de la silla con particular atrevimiento y sangre fría.

Finalizó la función con los saltos de trapecio, bastante análogos á los que en dicho local efectuaron, hace algún tiempo, los hermanos Leonies, presentados por los alumnos Clos y Vidal, arrojándose este último á manos de aquel de considerable distancia y á respetable altura. Ejecutó entre otros saltos el Sr. Vidal el denominado MORTAL, y cayó el telón en medio de ruidosos aplausos arrancados por dicho trabajo, sin disputa el que con más aceptación se presenta en nuestros días.

Quédanos únicamente unir nuestras felicitaciones á las que el público y la prensa toda han tribulado al inteligente director y á sus aprovechados alumnos, que han sabido elevar su gimnasio á una altura que indudablemente lo coloca á la par de los mejores de la península.—VICENTE BARUTA.

SECCION DE VARIEDADES

La Redaccion y Administracion de EL RAMILLETE se ha trasladado definitivamente á la Rambla de Canaletas, núm. 9, entresuelo.

Tenemos el gusto de participar á nuestros suscritores que muy pronto repartiremos la tercera entrega de los *Ecos de América*.

Solucion á las charadas del número anterior:

1.^a TA-BA-CO.

2.^a U-SU-RE-RO.

BARCELONA.—Imp. de Sulé y Gilart, Olmo, 8.